

Selina Todd



El pueblo

Auge y declive de la clase obrera
(1910-2010)



Akal / Reverso. Historia crítica / 5

Selina Todd

El pueblo

Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)

Traducción: Antonio J. Antón Fernández

A principios del siglo XX, la mayor parte de la población británica pertenecía a la clase obrera; cien años después, su existencia misma está en entredicho. El más poderoso sujeto de transformación social, aquella fuerza que tuvo en sus manos ganar un mundo nuevo, parece haberse desvanecido en el lapso escaso de un siglo. Este libro escribe su historia.

En él, Selina Todd traza con maestría el ascenso de la clase obrera entre las dos guerras mundiales, su feroz resistencia al thatcherismo y su declive, que no desaparición, hasta hoy. Lo hace desvelando una Gran Bretaña sorprendente, en cuyos cines se alzaban desafiantes los puños cuando Winston Churchill aparecía en la pantalla, donde la comunidad entera batallaba junto a los huelguistas y donde las identidades rara vez se configuraban en torno al dinero. *El pueblo* es la vibrante historia de un siglo revolucionario y de quienes –albañiles, criadas, trabajadoras industriales o mineros– forjaron realmente el mundo moderno.

«Fruto de más de diez años de investigación, abarca muchas cuestiones y está repleto de vívidos detalles...»

Daily Express

«Todd aborda la misión de pintar la clase obrera de nuevo contra el lienzo de la historia...»

Owen Jones, *New Statesman*

«El libro que tanto necesitábamos.»

David Kynaston, *Observer*

«La ambición y alcance del estudio de Todd es espectacular.»

Scotsman

Selina Todd es escritora y profesora de Historia contemporánea en la Universidad de Oxford. Escribe sobre las clases, las desigualdades, la historia de la clase obrera, el feminismo y sobre la vida de

las mujeres en la Gran Bretaña contemporánea. Su libro anterior, *Young Women, Work, and Family in England, 1918-1950*, fue galardonada con el Women's History Network Book Prize.

SOBRE *EL PUEBLO*, SE HA ESCRITO:

«A Selina Todd no le falta coraje ni ambición. *El pueblo*, fruto de más de diez años de investigación, abarca muchas cuestiones y está repleto de vívidos detalles. A partir de entrevistas exhaustivas [...], la autora proporciona una renovada visión de las vidas de las familias de clase obrera incidiendo especialmente en el papel de las mujeres, una cuestión que, a menudo, estudios anteriores han descuidado. Y se le da bien contradecir algunos de los conocimientos convencionales acerca del periodo.»

Daily Express

«La vasta y apasionada historia que compone Selina Todd constituye una contribución más que necesaria a la renovada pujanza del pensamiento sobre las clases sociales en la Gran Bretaña de hoy [...] Todd aborda la misión de pintar la clase obrera de nuevo contra el lienzo de la historia. Su rechazo de la clase concebida como política de identidad, o como algo envuelto en una especie de halo romántico, es particularmente de agradecer [...] Este libro cautivador subraya cómo la lucha por la emancipación no es fácil ni obvia o lineal: su impulso nace de la pura necesidad. En el país de los bancos de alimentos, los tiburones de préstamos legales y los contratos de cero horas, esta lucha constituye una necesidad acuciante.»

Owen Jones, *New Statesman*

«Es oportuno el momento para el análisis, por parte de Selina Todd, de lo que ella misma denomina "el auge y declive" de la clase obrera [...] *El pueblo* es el libro que tanto necesitábamos [...] Ofrece un relato lúcido y muy convincente de un siglo de historia británica desde una óptica de clase obrera. Todd no cae en soflamas, pero tras la lectura uno no puede dejar de sentirse justamente indignado: nos han jodido pero bien [...] Todd es una historiadora tan sutil como vigorosa. El uso de testimonios orales retrospectivos como fuente puede acarrear serias dificultades [...] pero ella los emplea con una destreza e inteligencia equiparables a las de Orlando Figes en esa obra magistral que es *Los que susurran*; y así, entreverar los diferentes capítulos del libro con el relato de la agitada vida de Vivian Nicholson, que saltó a la fama tras ganar una sustanciosa quiniela, es algo que funciona maravillosamente; ante todo, Todd atesora un conocimiento exhaustivo, verdaderamente envidiable, de las realidades de la vida

de clase obrera [...] La verdad subyacente de toda la historia –en última instancia, trágica e impactante– que Todd relata sigue siendo esencialmente válida. Y lo relata de una modo que es, como hubiera dicho Henry James, auténtico.»

David Kynaston, *Observer*

«El panorama es fascinante, y descomunal el recorrido efectuado [...] Asimismo, es una narración colorida, que acierta a plasmar la cultura, la música o el baile de las clases populares y a reflejar el paso de un mundo de oficinistas y de duro trabajo manual, a otro de grandes superficies de bricolaje y decoración, de menguante poder sindical y en el que se trabaja los domingos [...] La ambición y alcance del estudio de Todd es espectacular.»

Scotsman

«Qué maravilla de libro [...] Los últimos capítulos, que ofrecen un análisis de lo que todos nosotros hemos vivido, son los mejores. La autora tiene un don, su escritura no resulta nada académica, de modo que el libro es accesible y sumamente ameno. Incluso quienes no estén particularmente interesados en los aspectos políticos se sentirán cautivados por el relato de la vida cotidiana.»

Alistair Dawber, *Independent*

«Todd brilla especialmente a la hora de describir los efectos que la Primera Guerra Mundial tuvo en la sociedad, y el empleo que hace de los sirvientes domésticos como barómetros del cambio social aporta una nueva voz a esta historia.»

Alan Johnson, *The Spectator*

«Selina Todd nos cuenta la historia *real* del pueblo británico y por qué es más urgente que nunca dar la batalla por la igualdad económica.»

Melissa Benn

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

The People. The Rise and Fall of the Working Class, 1910-2010

© Selina Todd, 2014, 2015

© Ediciones Akal, S. A., 2018
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4682-0

*Dedicado a Andrew Davies
Y en memoria de Jack Hirst, 1936-2012*

Introducción

Las diferencias de clase han unido y dividido a Gran Bretaña desde la Revolución Industrial. La han unido, porque la pertenencia de clase se acepta generalmente como la quintaesencia de lo británico; algo que todos podemos compartir, una herencia, un lenguaje. La han dividido, porque la clase no es una tradición romántica o una pintoresca idiosincrasia, sino que deriva de la explotación, en un país en el que una pequeña elite ha poseído la mayoría de la riqueza. La denominada clase obrera «tradicional» –todos aquellos que trabajaban con sus manos– incluía a la mayoría de británicos en 1910, que es cuando comienza este libro, y, aunque un siglo después ya no sean así las cosas, la mayoría de la gente todavía se sigue considerando parte de esa clase obrera. En estas páginas cuento su historia.

Los años entre 1910 y 2010 fueron el siglo de la clase obrera. Durante la Revolución Industrial la clase obrera «estuvo presente en su propia formación», en palabras del historiador E. P. Thompson: mineros y obreros manuales se reunían para materializar sus propios intereses y desafiar los de sus empleadores^[1]. Pero fue en el siglo XX cuando la mayor parte de británicos llegó a comprenderse como clase obrera y consiguió que los políticos y la prensa los trataran como tal. Fue también en este siglo –y en concreto durante y después de la Segunda Guerra Mundial– cuando la clase obrera se convirtió en «el pueblo», cuyos intereses eran sinónimos de los de la propia Gran Bretaña.

Esta clase obrera se componía principalmente de trabajadores manuales y sus familias –mineros, estibadores y obreros siderúrgicos, y también criados– y trabajadores de oficina de menor nivel, como tipistas, secretarios, recaderos y mensajeros. Constituían más de tres cuartos del pueblo británico hasta 1950, y más de la mitad todavía en 1991. Aparte, hubo un gran número de trabajadores no manuales –enfermeros, técnicos y oficinistas de mayor cualificación– que elegían identificarse a sí mismos como clase obrera en virtud de su trasfondo familiar, y porque creían que trabajar para vivir implicaba que tenían más en común con otros asalariados que con los empleadores o los líderes políticos. La gente de clase obrera, por tanto, constituyó la mayoría de la sociedad británica a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo

XXI. Por contraste, los empleadores constituían sólo el 3 por 100 de la fuerza laboral en la década de 1900, y el 4 por 100 llegado el milenio[2]. Este libro aborda el modo en que ese desigual estado de cosas afectó a las vidas de la gente, y cómo la gente corriente se adaptó, resistió a y modificó las circunstancias en las que se encontró.

El pueblo destapa un enorme y oculto retal del pasado de Gran Bretaña, pero también es una historia íntima. Comenzó como un intento por mi parte de encontrar información sobre la historia de una familia: la mía. Mi madre, Ruth, era una más entre seis hermanos nacidos en Leeds en la década de 1940. Su padre, Fred Hirst, era soldador; y su madre, Jean, había cambiado las colas del paro de la Escocia de entreguerras por una vida mejor, trabajando junto a su mejor amiga, Nancy, en las tiendas de la cadena Woolworths en Leeds. Los Hirst vivieron en Hunslet, el mismo distrito industrial de Richard Hoggart, autor de *The Uses of Literacy*; pero su experiencia no reflejaba el idilio romántico y respetable descrito por Hoggart, ni la estable sociedad de *Downton Abbey*. La historia que escuché tenía que ver con la creciente influencia económica y política de la clase obrera; especialmente durante y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los obreros de fábrica y los soldados se convirtieron en «el pueblo», una categoría cada vez más central en el debate político y la cultura británica. Pero también era un relato de cómo todo lo conseguido se lograba mediante la lucha, ya fuera escapando del servicio doméstico en los años veinte; asegurándose en los años cuarenta de que estuvieras en un empleo exento y así no tuvieras que ir a filas para combatir en «su» guerra; o abucheando y arrojando cáscaras de naranja a Winston Churchill cuando este aparecía en las pantallas de cine a comienzos de la década de 1950, porque habían sido los laboristas quienes habían asegurado que la «guerra del pueblo» lograría una «paz del pueblo» de bienestar y pleno empleo. Pese a las reformas de posguerra, la de ellos fue también una historia de indignación e ira, que dejaba claro que la desigualdad de clase –y las humillaciones que causaba– no había sido erradicada, y tuvo su retorno, en pos de venganza, a partir de 1979.

La historia de mi padre, Nigel, es diferente; pero también es un relato ausente en los libros de historia. Creció en Kent como hijo único. Tras la temprana muerte de su madre, cuando Nigel tenía ocho años, su padre sufrió una crisis depresiva y estuvo ingresado durante el resto de su vida. Nigel vivió bajo la custodia

estatal. El Estado del bienestar de posguerra facilitaba que un trabajador social profesional se encargara de su caso. Pero las reformas sociales del gobierno laborista de 1945 todavía estaban en sus primeros años, y la mayor parte de niños en la situación de Nigel dependían de que los acogieran familiares –en caso contrario eran entregados a orfanatos dirigidos por organizaciones voluntarias, como Barnado’s–. Nigel tuvo la suerte de que su trabajadora social decidiera ayudarlo a escapar de ese destino. Se ocupó de que fuera alojado en un hospital rural de la zona, sólo unos pocos años después de que las prestaciones sanitarias hubieran pasado a ser gratuitas para todos en 1948, gracias a la Ley del Servicio Nacional de Salud (NHS). Al final, Nigel pudo tener un hogar estable, con sus abuelos primero, y después con una tía y un tío. El amor de ambos por la especulación financiera, ya fueran las apuestas (su abuelo murió con un cuaderno de apuestas en su bolsillo trasero) o grandiosos planes para enriquecerse rápido, trazan el perfil de una vida de fantasías y sueños de una existencia diferente y mejor, que ningún partido político pudo proporcionarles.

Como la mayor parte de niños en la llamada «época dorada» de movilidad social en los años de posguerra, Nigel suspendió su examen *eleven-plus* y se educó en una «escuela secundaria moderna» (Secondary Modern School) hasta la edad de quince años. Él y mi madre recibieron su educación por recorridos diferentes a los proporcionados por el Estado. En el caso de mi padre, fue gracias al movimiento obrero: en sus últimos años de adolescencia trabajó como empleado de oficina en la Workers’ Educational Association, una organización para la educación adulta fundada por sindicalistas y socialistas en 1903. La WEA le envió al Ruskin College, una universidad de educación adulta financiada por sindicatos en Oxford, donde conoció a mi madre. Después de abandonar la escuela con dieciséis años, desilusionada con lo que su «Grammar School» tenía que ofrecerle, Ruth había entrado a trabajar en las oficinas de la Family Service Unit (FSU) de Leeds, una organización de trabajo social que tenía por objetivo mejorar las vidas de los necesitados, en vez de culparles por su situación. Su trabajo allí, y su implicación en el Partido Laborista local a comienzos de la década de 1960, también la llevaron al Ruskin College. Ninguno de los dos aspiraron a ascender de estatus hacia la clase media: querían que mejoraran las oportunidades para todos, y esperaban ver a Gran Bretaña convertirse en una sociedad más igualitaria, en la que la cultura y la vida

de la clase obrera no se considerara automáticamente inferior. Pero nunca idealizaron la vida de la clase obrera, ya que ambos querían escapar de las incertidumbres y pobreza de su infancia.

Busqué en vano la historia de mi familia cuando fui a la universidad para estudiar Historia, y continué buscando infructuosamente durante la siguiente década. Finalmente me di cuenta de que tendría que escribir esa historia yo misma. Lo que comenzó como la historia de una familia se convirtió en una historia sobre la Gran Bretaña moderna, basada en las historias de decenas de personas corrientes^[3]. Incluye tanto a mujeres como a hombres, y habla tanto de la experiencia de la niñez como de la vida adulta –ya que la clase, en cuanto relación basada en las desigualdades de poder, afectaba a la vida más allá de la fábrica y la oficina–. Winifred Foley, hija de un sindicalista y nacida en 1914, sabía que era de clase obrera porque tuvo que abandonar el hogar familiar para incorporarse al servicio doméstico a los catorce años. Frank Gogerty, nacido en Warwickshire en 1918, es una de las muchas personas de este libro cuya vida cambió radicalmente durante el siglo: sin techo a los dieciséis, en 1940 su vida había mejorado como mecánico de automóviles. Compartía un miedo, extendido en aquel entonces, a que la Segunda Guerra Mundial destruyese todo aquello por lo que había trabajado, pero volvió a casa a tiempo para disfrutar de la «paz del pueblo». Próspero en el Coventry de posguerra, no obstante siguió identificándose como clase obrera porque tenía que trabajar para ganarse la vida. Betty Ennis creció en Persia y vino a Gran Bretaña en 1945; orgullosa de su nueva vivienda pública en la década de 1950, vio cómo su barrio se convertía en un foco de extrema pobreza en la década de 1970, y al llegar el milenio continuó siendo una activista incansable en defensa de sus residentes.

Aquellos que alcanzaron la mayoría de edad después de la guerra disfrutaron más y tuvieron mayor independencia cuando fueron jóvenes, pero vieron cómo se restringía su libertad con el aumento del desempleo y la inseguridad a finales de la década de 1960. El *teddy boy* Terry Rimmer, nacido en 1937, hacia 1968 había cambiado el rock por la rebeldía de los piquetes sindicales en la Ford Motor Company. Judy Walker, amante del *jive*, escapó de Coventry en los años sesenta buscando aventuras en el sur de África, para regresar a un apartamento de alquiler municipal en la década de 1970, y a toda una vida como activista de su comunidad.

Otras voces nos recuerdan que nunca hubo una época dorada de la movilidad social, y que hacerse un hueco en la «escala social» nunca fue fácil ni agradable. Entre estas voces está la de Bill Rainford, que en 1969 pensaba que tendría un trabajo de por vida, sólo para encontrarse con un despido treinta años después; y la de Paul Baker, el hijo del lechero que se convirtió en gerente financiero, pero que a veces se preguntaba si su éxito valía los sacrificios que hizo para dejar atrás su pasado de clase obrera. Escuchamos de todas estas personas y cientos más el relato de cómo se labraron una vida por sí mismas, a menudo luchando en circunstancias que, dada la oportunidad, nunca habrían elegido.

Demasiado a menudo, tales relatos personales se dejan al margen, como meros ejercicios de «nostalgia», y a veces por historiadores que, sin embargo, no tienen problemas en utilizar los recuerdos de políticos o aristócratas. Desde luego, es cierto que las historias que la gente nos ofrece sobre el pasado están enmarcadas por el contexto en el que son relatadas. La mayor parte de los testimonios personales en los que me baso fueron narrados en los años posteriores a 1979, por gente que era consciente de vivir en la Gran Bretaña de Thatcher, o conociendo ya el legado de la década de 1980: esto es, el fin del pleno empleo y gran parte de las prestaciones sociales de posguerra. Esto, desde luego, influye en sus relatos, cuando comparan lo que tenían en el pasado con lo que tuvieron después de 1979. Pero incluso aquellos que se excusan por tener una «mala memoria» o tener «una pobre educación» demuestran una gran capacidad para recordar cómo era la vida entonces, y para juzgar aquellas experiencias pasadas desde su presente, con el beneficio (o lo contrario) que aporta la perspectiva del tiempo.

Sus historias muestran que la gente de clase obrera no aceptó siempre los puntos de vista de políticos o empleadores. De hecho, a lo largo del siglo XX las clases medias y altas fueron más susceptibles que los trabajadores de abandonarse a recuerdos llenos de nostalgia por el pasado: desde aquellos que empleaban a servidumbre doméstica, que se retrotraían a los días dorados en los que todo el mundo «sabía cuál era su lugar», hasta las críticas en pleno siglo XXI hacia –en palabras del escritor Andrew O'Hagan– una «clase obrera [que] ya no era clase obrera [...] gente que no deseaba valores, sino etiquetas de diseño y antenas parabólicas», y conformaba «la fuerza más conservadora de Gran Bretaña». Según este argumento, la época de la «respetable» clase obrera había acabado en la década de 1960; en los

años ochenta la gente se había vuelto perezosa por el bienestar, avariciosa por el consumismo o arrogante por el sindicalismo, dependiendo de la perspectiva de quien redactara la crítica[4]. Pero las historias de gente corriente nos recuerdan que nunca fue exactamente así: no hubo época dorada.

También nos recuerdan que la clase obrera nunca fue completamente homogénea. Si género y genealogía marcaban una diferencia, también lo hacía la geografía. «Si viajas hacia el norte», decía George Orwell en su *Road to Wigan Pier* de 1907, «tu ojo, acostumbrado al Sur o al Este, no nota demasiada diferencia hasta que estás más allá de Birmingham. En Coventry podrías estar perfectamente en Finsbury Park [...] y entre todas las ciudades de las Midlands se extiende una civilización de chalés indistinguible de la del sur»[5]. La gente había comenzado a mudarse de Coventry hacia el norte en búsqueda de trabajo; una tendencia que continuaría después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los migrantes de Asia y el Caribe se unirían a galeses, irlandeses y mineros de la zona de Tyneside («Geordies») en las urbanizaciones que se expandían alrededor de la ciudad. «Mi ciudad es supersónica», escribía J. McHugh en una carta al *Daily Mirror* cuando en 1968 pidieron a los lectores que nombraran la «ciudad del boom» de Gran Bretaña. «Nuevos centros comerciales para comprar. Nuevas galerías de arte [...] Nuevos pisos y pasarelas elevadas [...] En este momento nuestra industria automovilística está estancada, pero observad cómo pese a eso también miramos hacia delante»[6]. Lamentablemente, cuando la banda The Specials, de Coventry, publicó su single «Ghost Town» en 1981, su relato lírico de la desolación que trajo la desindustrialización resonaba en su ciudad de origen. Es una imagen que los residentes actuales sienten que resume los problemas de la ciudad, pero no dice nada sobre el espíritu de sus habitantes.

En 1933 Liverpool era más pobre y oscura que Coventry, «como la ciudad de una novela victoriana más bien melancólica», según el escritor J. B. Priestley. La clase obrera de la ciudad se abarrotaba en «edificios propios de suburbio [...] Rostros que habían brillado durante una temporada en los prostíbulos victorinos ahora figaban y murmuraban al vernos. Port Said y Bombay, Zanzíbar y Hong Kong llamaban aquí. Las chicas lo contaban bien claramente»[7].

En Liverpool, como en muchos pueblos y ciudades costeros, los residentes de clase obrera nunca eran exclusivamente blancos o de origen británico. A lo largo de este libro veremos que

nunca hubo una homogénea «clase obrera blanca», cuyos intereses e identidad pudieran distinguirse de la de británicos negros o migrantes recientes.

Hacia la década de 1950 Liverpool ya no era un lugar tan popular para asentarse, a medida que más personas miraban hacia el sur y las Midlands, más prósperos, para encontrar un modo de ganarse la vida. En los sesenta la ciudad se convirtió en sede de Mersey Beat, un centro de los «Swinging Sixties» fundado sobre la trayectoria de los Beatles, nuestros «chicos corrientes» de Liverpool; pero la pobreza nunca desapareció, pues la ciudad nunca se benefició de las nuevas industrias manufactureras que proliferaban más cerca de Londres. «Liverpool no sufre de amnesia histórica», señaló el periodista John Pilger al visitar la ciudad en los noventa. «Aunque sus panteones del comercio de esclavos y de la era industrial se hayan adecuado para el disfrute de turistas, el pavimento se haya restaurado y limpiado, el pasado sigue siendo un presente desafiante. Como guardián del sudor, la sangre y las lágrimas de la gente corriente, pocos lugares están a la par de Liverpool»^[8].

Las diferencias entre Liverpool y Coventry subrayan la diversidad de la vida de clase obrera en la Gran Bretaña del siglo XX. La clase es una relación definida por el poder desigual, más que un modo de vida o una cultura que no cambia. No puede haber una clase obrera «ideal» o «tradicional». En su lugar hay individuos que son empujados a reunirse bajo circunstancias y experiencias compartidas. Son sus historias las que se plantea narrar *El pueblo*.

Este libro comienza en 1910 y acaba en 2010. Entre estas fechas, la clase obrera experimentó una transformación social y política masiva. En 1910 sus integrantes tenían pocos derechos y oportunidades. Dependían de sí mismos y de sus familias, en una era de escasas prestaciones sociales y alto desempleo. Hasta la década de 1940, la historia de la clase obrera fue principalmente la historia del pueblo luchando por la regulación más básica de sus vidas laborales, a menudo infructuosamente.

Hay dos puntos de inflexión para la clase obrera en el siglo XX. El primero fue la Segunda Guerra Mundial. La acuciante necesidad de fuerza de trabajo para ganar la guerra dio a la clase obrera una nueva importancia. El pueblo se aseguró de que esto perdurara en tiempos de paz, eligiendo en 1945 a un gobierno laborista que dejó el importante legado de un Servicio Nacional de Salud, una educación gratuita, seguridad social integral y